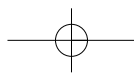
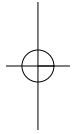


# **Miguel Delibes**

## Los santos inocentes



Este libro no podrá ser reproducido,  
ni total ni parcialmente, sin el previo  
permiso escrito del editor.  
Todos los derechos reservados

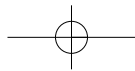
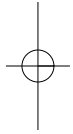
© Miguel Delibes, 1981  
© Editorial Planeta, S. A., 2008  
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

Diseño de la colección: Laura Comellas / Departamento de Diseño,  
División Editorial del Grupo Planeta  
Ilustración de la cubierta: © Tamara Staples / Getty Images  
Primera edición en esta presentación en Colección Booket: junio de 2008  
Segunda impresión: septiembre de 2008

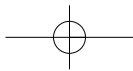
Depósito legal: B. 40.948-2008  
ISBN: 978-84-08-08134-0  
Composición: La Nueva Edimac, S. L.  
Impresión y encuadernación: Litografía Rosés, S. A.  
Printed in Spain - Impreso en España

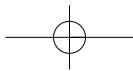
## **Biografía**

Miguel Delibes nació en Valladolid en 1920. Se dio a conocer como novelista con *La sombra del ciprés es alargada*, Premio Nadal 1947. Siguiéron clásicos como *El camino*, *Las ratas*, *Cinco horas con Mario* o *Los santos inocentes*. Su extensa obra literaria le ha valido numerosos galardones, entre ellos el Nacional de Literatura (1955), el de la Crítica (1962), el Premio Nacional de las Letras (1991) y el Premio Cervantes de Literatura (1993). En 1973 fue elegido miembro de la Real Academia. Entre sus obras publicadas en Booket se encuentran *El príncipe destronado*, *Señora de rojo sobre fondo gris*, *Diario de un cazador*, *La hoja roja*, *La Tierra herida* o *El hereje* (Premio Nacional de Narrativa 1999), novela que obtuvo un clamoroso éxito de crítica y público.

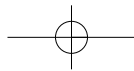
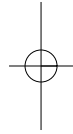


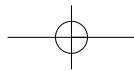
*A la memoria de mi amigo  
Félix R. de la Fuente*





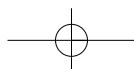
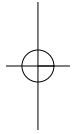
## Libro primero

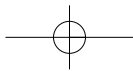






## Azarías





A su hermana, la Régula, le contrariaba la actitud del Azarías, y le regañaba y él, entonces, regresaba a la Jara, donde el señorito, que a su hermana, la Régula, le contrariaba la actitud del Azarías porque ella aspiraba a que los muchachos se ilustrasen, cosa que a su hermano, se le antojaba un error, que,

luego no te sirven ni para finos ni para bastos,  
pontificaba con su tono de voz brumoso, levemente nasal,  
y, por contra, en la Jara, donde el señorito, nadie se preocupaba de si éste o el otro sabían leer o escribir, de si eran letrados o iletrados, o de si el Azarías vagaba de un lado a otro, los remendados pantalones de pana por las corvas, la bragueta sin botones, rutando y con los pies descalzos e, incluso, si, repentinamente, marchaba donde su hermana y el señorito preguntaba por él y le respondían,

anda donde su hermana, señorito,  
el señorito tan terne, no se alteraba, si es caso  
levantaba imperceptiblemente un hombro, el  
izquierdo, pero no indagaba más, ni comenta-  
ba la nueva, y, cuando regresaba, tal cual,

el Azarías ya está de vuelta, señorito,  
y el señorito esbozaba una media sonrisa y en  
paz, que al señorito sólo le exasperaba que  
el Azarías afirmase que tenía un año más que el  
señorito, porque, en realidad, el Azarías ya era  
mozo cuando el señorito nació, pero el Aza-  
rías ni se recordaba de esto y, si, en ocasiones,  
afirmaba que tenía un año más que el señorito  
era porque Dacio, el Porquero, se lo dijo así  
una Nochevieja que andaba un poco bebido y  
a él, al Azarías, se le quedó grabado en la sese-  
ra, y tantas veces le preguntaban,

¿qué tiempo te tienes tú, Azarías?  
otras tantas respondía,

cabalmente un año más que el señorito,  
pero no era por mala voluntad, ni por el gus-  
to de mentir, sino por pura niñez, que el se-  
ñorito hacía mal en renegarse por eso y lla-  
marle zascandil, ni era justo tampoco, ya que  
el Azarías, a cambio de andar por el cortijo  
todo el día de Dios rutando y como masti-  
cando la nada, mirándose atentamente las  
uñas de la mano derecha, lustraba el auto-  
móvil del señorito con una bayeta amarilla, y

desenroscaba los tapones de las válvulas a los automóviles de los amigos del señorito para que al señorito no le faltaran el día que las cosas vinieran mal dadas y escaseasen y, por si eso no fuera suficiente, el Azarías se cuidaba de los perros, del perdiguero y del setter, y de los tres zorreros y si, en la alta noche, aullaba en el encinar el mastín del pastor y los perros del cortijo se alborotaban, él, Azarías, los aplacaba con buenas palabras, les rascaba insistentemente entre los ojos hasta que se apaciguaban y a dormir y, con la primera luz, salía al patio estirándose, abría el portón y soltaba a los pavos en el encinar, tras de las bardas, protegidos por la cerca de tela metálica y, luego, rascaba la gallinaza de los aseladeros y, al concluir, pues a regar los geranios y el sauce y a adecentar el tabuco del búho y a acariciarle entre las orejas y, conforme caía la noche, ya se sabía, Azarías, aculado en el tajuelo, junto a la lumbre, en el desolado zaguán, desplumaba las perdices, o las pitorras, o las tórtolas, o las gangas, cobradas por el señorito durante la jornada y, con frecuencia, si las piezas abundaban, el Azarías reservaba una para la *milana*, de forma que el búho, cada vez que le veía aparecer, le envolvía en su redonda mirada amarilla, y castañeteaba con el pico,

como si retozara, todo por espontáneo afecto, que a los demás, el señorito incluido, les bufaba como un gato y les sacaba las uñas, mientras que a él, le distinguía, pues rara era la noche que no le obsequiaba, a falta de bocado más exquisito, con una picaza, o una ratera, o media docena de gorriones atrapados con liga en la charca, donde las carpas, o vaya usted a saber, pero, en cualquier caso, Azarías le decía al Gran Duque, cada vez que se arrimaba a él, aterciopelando la voz,

milana bonita, milana bonita,

y le rascaba el entrecejo, y le sonreía con las encías deshuesadas y, si era el caso de amarrarle en lo alto del cancho para que el señorito o la señorita o los amigos del señorito o las amigas de la señorita se entretuviesen, disparando a las águilas o a las cornejas por la tronera, ocultos en el tollo, Azarías le enrollaba en la pata derecha un pedazo de franela roja para que la cadena no le lastimase y, en tanto el señorito o la señorita o los amigos del señorito o las amigas de la señorita permanecían dentro del tollo, él aguardaba, acucillado en la greñura, bajo la copa de la atalaya, vigilándolo, temblando como un tallo verde, y, aunque estaba un poco duro de oído, oía los estampidos secos de las detonaciones y, a cada una, se estremecía y cerraba

los ojos y, al abrirlos de nuevo, miraba hacia el búho y, al verle indemne, erguido y desafiante, haciendo el escudo, sobre la piedra, se sentía orgulloso de él y se decía conmovido para entre sí,

milana bonita,

y experimentaba unos vehementes deseos de rascarle entre las orejas y, así que el señorito o la señorita, o las amigas del señorito, o los amigos de la señorita, se cansaban de matar rateras y cornejas y salían del tollo estirándose y desentumeciéndose como si abandonaran la bocamina, él se aproximaba moviendo las mandíbulas arriba y abajo, como si masticase algo, al Gran Duque, y el búho, entonces, se implaba de satisfacción, se esponjaba como un pavo real y el Azarías le sonreía,

no estuviste cobarde, milana,

le decía,

y le rascaba el entrecejo para premiarle y, al cabo, recogía del suelo, una tras otra, las águilas abatidas, las prendía en la percha, desencadenaba al búho con cuidado, le introducía en la gran jaula de barrotes de madera, que se echaba al hombro, y pin, pianito, se encaminaba hacia el cortijo sin aguardar al señorito, ni a la señorita, ni a los amigos del señorito, ni a las amigas de la señorita que caminaban, lenta, cansinamente, por la vereda, tras él,

charlando de sus cosas y riendo sin ton ni son y, así que llegaba a la casa, el Azarías colgaba la percha de la gruesa viga del zaguán y, tan pronto anochecía, acuclillado en los guijos del patio, a la blanca luz del aladino, desplumaba un ratonero y se llegaba con él a la ventana del tabuco, y

uuuuuh,

hacía,

ahuecando la voz, buscando el registro más tenebroso, y, al minuto, el búho se alzaba hasta la reja sin meter bulla, en un revuelo pausado y blando, como de algodón, y hacía a su vez,

uuuuuh,

como un eco del *uuuuuh* de Azarías, un eco de ultratumba, y, acto seguido, prendía la ratera con sus enormes garras y la devoraba silenciosamente en un santiamén y el Azarías le miraba comer con su sonrisa babeante y musitaba,

milana bonita, milana bonita,

y, una vez que el Gran Duque concluía su festín, el Azarías se encaminaba al cobertizo, donde las amigas del señorito y los amigos de la señorita estacionaban sus coches, y, pacientemente, iba desenroscando los tapones de las válvulas de las ruedas, mediante torpes movimientos de dedos y, al terminar, los juntaba con los que guardaba en la caja de zapatos, en



la cuadra, se sentaba en el suelo y se ponía a contarlos,

uno, dos, tres, cuatro, cinco...

y al llegar a once, decía invariablemente,

cuarenta y tres, cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco...

luego salía al corral, ya oscurecido, y, en un rincón se orinaba las manos para que no se agrietasen y abanicaba un rato el aire para que se orearan y así un día y otro día, un mes y otro mes, un año y otro año, toda una vida, pero a pesar de este régimen metódico, algunas amanecidas, el Azarías se despertaba flojo y como desfibrado, como si durante la noche alguien le hubiera sacado el esqueleto, y esos días, no rasaba los aseladeros, ni disponía la comida para los perros, ni aseaba el tabuco del búho, sino que salía al campo y se acostaba a la abrigada de los zahurdones o entre la torvisca y, si acaso picaba el sol, pues a la sombra del madroño, y cuando Dacio le preguntaba,

¿qué es lo que te pasa a ti, Azarías?

él,

ando con la perezosa, que yo digo, y, de esta forma, dejaba pasar las horas muertas, y si el señorito se tropezaba con él y le preguntaba,

¿qué te ocurre, hombre de Dios?,

Azarías la misma,

ando con la perezosa, que yo digo, señorito, sin inmutarse, encamado en la torvisca o al amparo del madroño, inmóvil, replegado sobre sí mismo, los muslos en el vientre, los codos en el pecho, mascando salivilla o rutando suavemente, como un cachorro ávido de mamar, mirando fijamente la línea azul-verdosa de la sierra recortada contra el cielo, y los chozos redondos de los pastores y el Cerro de las Corzas (del otro lado del cual estaba Portugal) y los canchales agazapados como tortugas gigantes, y el vuelo chillón y estirado de las grullas camino del pantano, y las merinas merodeando con sus crías y, si acaso se presentaba Dámaso, el Pastor, y le decía

¿ocurre algo, Azarías?

él,

ando con la perezosa, que yo digo, y de este modo transcurría el tiempo hasta que sobrevenía el apretón y daba de vientre orilla del madroño o en la oscura grieta de algún canchal y, según se desahogaba, iban volviéndole paulatinamente las energías y, una vez recuperado, su primera reacción era llegarse donde el búho y decirle dulcemente a través de la reja,

milana bonita,

y el búho venga de esponjarse y castañetear con el corvo pico, hasta que Azarías le obse-

quiaba con un aguilucho o un picazo desplumados y, mientras lo devoraba, el Azarías, a fin de ganar tiempo, se acercaba a la cuadra, se sentaba en el suelo y se ponía a contar los tapones de las válvulas de la caja,  
uno, dos, tres, cuatro, cinco...  
hasta llegar a once, y, entonces decía,  
cuarenta y tres, cuarenta y cuatro y cuarenta y cinco,  
y, al concluir, cubría la caja con la tapa, se quedaba un largo rato observando las chatas uñas de su mano derecha, moviendo arriba y abajo las mandíbulas y mascullando palabras ininteligibles y, de repente, resolvía,  
me voy donde mi hermana,  
y, en el porche, se encaraba con el señorito, emperezado en la tumbona, adormilado,  
me voy donde mi hermana, señorito,  
y el señorito levantaba imperceptiblemente el hombro izquierdo y,  
vete con Dios, Azarías,  
y él marchaba al otro cortijo, donde su hermana, y ella, la Régula, nada más abrirle el portón,  
¿qué se te ha perdido aquí, si puede saberse?  
y Azarías  
¿y los muchachos?  
y ella,

ae, en la escuela están, ¿dónde quieres que anden?

y él, el Azarías, mostraba un momento la punta de la lengua, gruesa y rosada, volvía a esconderla, la paladeaba un rato y decía al fin,

el mal es para ti, luego no te van a servir ni para finos ni para bastos,  
y la Régula,

ae, ¿te pedí yo opinión?

pero, tan pronto caía el sol, el Azarías se azoraba mirando las brasas, masticando la nada y, al cabo de un rato, erguía la cabeza y, súbitamente, decía,

mañana me vuelvo donde el señorito,

y antes de amanecer, así que surgía una raya anaranjada en el firmamento delimitando el contorno de la sierra, el Azarías ya andaba en la trocha y, cuatro horas más tarde, sudoroso y hambriento, en cuanto oía a la Lupe descorrer el gran cerrojo del portón, ya empezaba,

milana bonita, milana bonita,

una y otra vez, sin dejarlo, y a la Lupe, la Porquera, ni los buenos días y el señorito tal vez andaba en la cama, descansando, pero así que aparecía a mediodía en el zaguán, la Lupe le daba el parte,

el Azarías nos entró de mañana, señorito,  
y el señorito amusgaba los ojos somnolientos,

de acuerdo,  
decía,  
y alzaba el hombro izquierdo, como resignado,  
o sorprendido, aunque ya se sentía al Azarías  
rascando los aseladeros o baldeando el tabuco  
del Gran Duque y arrastrando la herrada por  
el patio de guijos, y, de este modo, iban trans-  
curriendo las semanas hasta que un buen día,  
al apuntar la primavera, el Azarías se transfor-  
maba, le subía a los labios como una sonrisa  
tarda, inefable, y, al ponerse el sol, en lugar de  
contar los tapones de las válvulas, agarraba al  
búho y salía con él al encinar y el enorme pá-  
jaro, inmóvil, erguido sobre su antebrazo, ote-  
aba los alrededores y, conforme oscurecía, le-  
vantaba un vuelo blando y silencioso y volvía,  
al poco rato, con una rata entre las uñas o un  
pinzón y allí mismo, junto al Azarías, devora-  
ba su presa, mientras él le rascaba entre las  
orejas, y escuchaba los latidos de la sierra, el  
ladrido áspero y triste de la zorra en celo o el  
bramido de los venados del Coto de Santa  
Angela, apareándose también, y, de cuando en  
cuando, le decía,

la zorra anda alta, milana, ¿oyes?,  
y el búho le enfocaba sus redondas pupilas  
amarillas que fosforecían en las tinieblas, en-  
derezaba lentamente las orejas y tornaba a  
comer y, ahora ya no, pero en tiempos se oía

también el fúnebre ulular de los lobos en el piornal las noches de primavera pero desde que llegaron los hombres de la luz e instalaron los postes del tendido eléctrico a lo largo de la ladera, no se volvieron a oír, y, a cambio, se sentía gritar al cárabo, a pausas periódicas, y el Gran Duque, en tales casos, erguía la enorme cabezota y empinaba las orejas y el Azarías venga de reír sordamente, sin ruido, sólo con las encías, y musitaba con voz empañada,

¿estás cobarde, milana?, mañana salgo a correr el cárabo,

y, dicho y hecho, al día siguiente, con el crepúsculo, salía solo sierra adelante, abriéndose paso entre la jara florecida y los tamujos y la montera, porque el cárabo ejercía sobre el Azarías la extraña fascinación del abismo, una suerte de atracción enervada por el pánico, de tal manera que al detenerse en plena moheda, oía claramente los rudos golpes de su corazón y, entonces, esperaba un rato para tomar aliento y serenar su espíritu y, al cabo, voceaba,

¡eh!, ¡eh!,  
citándole, citando al cárabo, y, seguidamente, aguzaba el oído aguardando respuesta, mientras la luna asomaba tras un celaje e inundaba el paisaje de una irreal fosforescencia poblada

de sombras, y él, un tanto amilanado, hacía  
bocina con sus manos y repetía desafiante,

¡eh!, ¡eh!,

hasta que, súbitamente, veinte metros más  
abajo, desde una encina corpulenta, le llegaba  
el anhelado y espeluznante aullido,

¡buhú, buhú!,

y, al oírlo, el Azarías perdía la noción del  
tiempo, la conciencia de sí mismo, y rompía  
a correr enloquecido, arruando, hollando los  
piornos, arañándose el rostro con las ramas  
más bajas de los madroños y los alcornoques  
y, tras él, implacable, saltando blandamente  
de árbol en árbol, el cárabo, aullando y car-  
cajeándose y, cada vez que reía, al Azarías se  
le dilataban las pupilas y se le erizaba la piel  
y recordaba a la milana en la cuadra, y apre-  
miaba aún más el paso y el cárabo a sus es-  
paldas tornaba a aullar y a reír y el Azarías  
corría y corría, tropezaba, caía y se levanta-  
ba, sin volver jamás la cabeza y, al llegar, ja-  
deante, a la dehesa, la Lupe, la Porquera, se  
santiguaba,

¿de dónde te vienes, dí?,

y el Azarías sonreía tenuemente, como un chi-  
quillo cogido en falta, y,

de correr el cárabo, que yo digo,

decía,

y ella comentaba,

¡Jesús qué juegos!, te has puesto la cara  
como un Santo Cristo,  
pero él ya andaba en la cuadra, restañándose  
la sangre de los rasguños con la bayeta, quieto,  
escuchando los dolorosos golpes de su corazón,  
la boca entreabierta, sonriendo al vacío,  
babeando, y, al cabo de un rato, ya más sereno,  
se llegaba al tabuco de la milana, agachado,  
sin meter ruido, y, súbitamente, se asomaba  
al ventano y hacía,

¡uuuuuh!,

y el búho revolaba hasta la peana y le miraba a  
los ojos, ladeando la cabeza, y entonces el  
Azarías le decía muy ufano,

anduve corriendo el cárabo,

y el animal enderezaba las orejas y tableteaba  
con el pico, como si lo celebrara, y él,

bueno carrera le di,

y empezaba a reír por lo bajo, siseando, sintiéndose  
protegido por las bardas del cortijo, y así una vez tras otra,  
una primavera tras otra, hasta que una noche, vencido mayo,  
se arrimó a los barrotes del tabuco y dijo como de costumbre,

¡uuuuuh!,

pero el Gran Duque no acudió a la llamada, y, entonces,  
el Azarías se sorprendió e hizo de nuevo,

¡uuuuuh!,



pero el Gran Duque no acudió a la llamada, y  
el Azarías,

¡uuuuuh!,

terco, por tercera vez, pero, dentro del tabu-  
co, ni un ruido, con lo que el Azarías empujó  
la puerta, prendió el aladino y se encontró al  
búho engurruñado en un rincón y, al mostrarle  
la picaza desplumada, el búho ni ademán y,  
entonces, el Azarías, dejó la pega en el suelo y se  
sentó junto a él, le tomó delicadamente por  
las alas y lo arrimó a su calor, rascándole insis-  
tentemente en el entrecejo y diciéndole con  
ternura,

milana bonita,

mas el pájaro no reaccionaba a los habitua-  
les estímulos, con lo cual, el Azarías lo depo-  
sitó sobre la paja, salió y preguntó por el se-  
ñorito,

la milana está enferma, señorito, te tiene  
calentura,

le informó,

y el señorito,

¿qué le vamos a hacer, Azarías? está vieja  
ya, habrá que buscar un pollo nuevo,

y el Azarías, desolado,

pero es la milana, señorito,

y el señorito, los ojos adormilados,

¿y dime tú, que lo mismo da un pájaro que  
otro?

y el Azarías, implorante,  
¿autoriza el señorito que dé razón al Mago del Almendral?

y el señorito adelantó indolentemente su hombro izquierdo,

¿al Mago?, muy gastoso te sales tú, Azarías, si por un pájaro tuviéramos que llamar al Mago, ¿adónde iríamos a parar?,

y, tras su reproche, una carcajada, como el cárabo, que al Azarías se le puso la carne de gallina y,

señorito, no se ría así, por sus muertos se lo pido,

y el señorito,

¿es que tampoco me puedo reír en mi casa? y otra carcajada, como el cárabo, cada vez más recias, y, a sus risas estentóreas, acudieron la señorita, la Lupe, Dacio, el Porquero, Dámaso y las muchachas de los pastores, y todos en el zaguán reían a coro, como cárabos, y la Lupe,

pues no está llorando el zascandil de él por ese pájaro apestoso,

y el Azarías,

la milana te tiene calentura y el señorito no autoriza a que dé razón al Mago del Almendral,

y, venga, otra carcajada, y otra, hasta que, finalmente, el Azarías, desconcertado, echó a

correr, salió al patio y se orinó las manos y, después, entró en la cuadra, se sentó en el suelo y se puso a contar en voz alta los tapones de las válvulas tratando de serenarse,

una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, cuarenta y tres, cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco, hasta que se sintió más relajado, se puso un saco por cabezal y durmió una siesta y, así que amaneció Dios, se arrimó quedamente a la reja del tabuco e hizo,

¡uuuuuh!

pero nadie respondió, y, entonces, el Azarías empujó la puerta y divisó al búho en el rincón donde lo dejara la víspera, pero caído y rígido y el Azarías se llegó a él con pasitos cortos, lo cogió por el extremo de un ala, se abrió la chaqueta, la cruzó sobre el pájaro y dijo con voz quebrada,

milana bonita,

pero el Gran Duque ni abría los ojos, ni castañeteaba con el pico, ni nada, ante lo cual el Azarías atravesó el patio, se llegó al portón y recorrió el cerrojo, y a sus chirridos, salió la Lupe, la de Dacio,

¿qué es lo que te se ha puesto ahora en la cabeza, Azarías?

y el Azarías,

me marchó donde mi hermana,

y, sin más, salió y, a paso rápido, sin sentir los guijos, ni las gatuñas en las plantas de los pies, franqueó el encinar, el piornal y la vaguada, oprimiendo dulcemente el cadáver del pájaro contra su pecho y, así que le puso la vista encima, la Régula,

¿otra vez por aquí?  
y el Azarías

¿y los muchachos?  
y ella,

en la escuela están,  
y el Azarías,

¿es que no hay nadie en la casa?  
y ella,

ae, la Niña Chica está,  
y en ese momento, la Régula, reparó en el bulto que arrojaba el Azarías contra el pecho, le abrió las puntas de la chaqueta y el cadáver del pajarraco cayó sobre los baldosines rojos y ella, la Régula, dio un grito histérico y,

ya estás sacando de casa esa carroña, ¿me oyes?

dijo,

y el Azarías, sumisamente, recogió el pájaro y lo dejó fuera, en el poyo, volvió a entrar en la casa y salió con la Niña Chica, acunándola en el brazo derecho, y la Niña Chica volvía sus ojos extraviados sin fijarlos en nada, y él, el Azarías, cogió a la milana por una pata y una

azuela con la mano izquierda, y la Régula,  
¿dónde vas con esas trazas?  
y el Azarías,  
a hacer el entierro, que yo digo,  
y, en el trayecto, la Niña Chica emitió uno de  
aquellos interminables berridos lastimeros  
que helaban la sangre de cualquiera, pero el  
Azarías no se inmutó, alcanzó el rodapié de  
la ladera, depositó a la criatura a la fresca,  
entre unas jaras, se quitó la chaqueta y en un  
periquete cavó una hoya profunda en la base  
de un alcornoque, depositó en ella al pájaro  
y, acto seguido, empujando la tierra con la  
azuela, cegó el agujero y se quedó mirando  
para el túmulo, los pies descalzos, el remen-  
dado pantalón en las corvas, la boca entrea-  
bierta, y, al cabo de un rato, sus pupilas se vol-  
vieron hacia la Niña Chica, cuya cabeza se la-  
deaba, como desarticulada, y sus ojos desleí-  
dos se entrecruzaban, y miraban al vacío sin  
fijarse en nada y el Azarías se agachó, la tomó  
en sus brazos, se sentó al borde del talud,  
junto a la tierra removida, la oprimió contra  
sí y musitó,  
milana bonita,  
y empezó a rascarla insistentemente con el ín-  
dice de la mano derecha los pelos del colodri-  
llo, mientras la Niña Chica, indiferente, se de-  
jaba hacer.